

PADRENUESTRO
*Perdona nuestras ofensas como también nosotros
perdonamos a los que nos ofenden*¹



MAURICE DÉNOUE, OSB

CuadMon 133 (2000) 171 - 180

Introducción: el perdón como pan cotidiano

Todos nosotros necesitamos tanto el perdón como el pan cotidiano. El perdón recibido o concedido es también nuestro pan cotidiano. Perdón recibido, en primer lugar, de Dios; y después de los demás y de nosotros mismos. Perdón concedido a nosotros mismos, a los otros y... ¿por qué ocultarlo?, a Dios mismo. Incesantemente tenemos necesidad de ser perdonados y de perdonar: ya sea en la pareja, en la familia, en nuestras comunidades religiosas, en la vida social o política, etc.



¹ Traducción del artículo aparecido en: *Lettre de Ligugé*, nº 285, 1998/3. El Autor es monje benedictino de la Abadía San Martín (Ligugé, Francia). La traducción castellana fue realizada por las Hnas. del Monasterio de Nuestra Sra. del Paraná (Aldea María Luisa, Entre Ríos, Argentina). En el art. original el título es: *Notre Père*, 8, hemos suprimido el nº 8 que hace referencia a una serie de arts. que el A. ha ido publicando en *Lettre de Ligugé* sobre la oración del Señor (cf. *Lettre de Ligugé*, ns. 261; 264; 266; 269; 271; 274; 284 y 289).

1. La traducción oficial

Aunque no todos los especialistas la aceptan, hemos tomado la traducción oficial y litúrgica del Padrenuestro, tal como nos ha sido propuesta: *Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*.

Traducido literalmente, el texto de Mateo dice: *Perdónanos nuestras deudas como también nosotros hemos perdonado a los que nos deben*, mientras que Lucas ha conservado: *Perdónanos nuestros pecados, pues nosotros también perdonamos a todo hombre que nos debe* (traducción Boismard en la *Sinopsis*).

Mateo habla, pues, de “deuda” y Lucas de “pecado”. Pero los biblistas nos dicen que en arameo estos dos términos, deuda y pecado, se expresan con un mismo término, empleado en el sentido propio en “deuda” y en sentido figurado en “pecado”.

Los biblistas nos dicen también que esta imagen de remisión de deuda empleada en el Padrenuestro, define la situación del hombre ante Dios, de quien es deudor insolvente. Dicho de otra manera, ella designa nuestra condición de pecadores, que ninguna buena obra podrá borrar jamás, contrariamente a lo que opinaban, según parece, los pensadores religiosos judíos en la época de Jesús.

La palabra “ofensa”, adoptada por la nueva versión del *Pater*, traduce a la vez, y bastante fielmente, el sentido de deuda y el de pecado, en referencia a las ofensas a Dios y a los hombres.

2. El perdón: un leitmotiv de los Sinópticos.

Si los Evangelios y el Nuevo Testamento hablan poco del pan cotidiano, en cambio el tema del perdón aparece con frecuencia y de modo insistente, especialmente en el Evangelio de Mateo.

En efecto, apenas finalizada la presentación del Padrenuestro, Mateo vuelve con gravedad sobre el perdón de las ofensas (*Mt* 6, 14-15). *Pues si ustedes perdonan a los hombres sus faltas, vuestro Padre celestial también los perdonará. Pero si ustedes no perdonan a los hombres, vuestro Padre no les perdonará sus faltas*. Y, siempre en Mateo, (18, 11-35), Jesús respon-

de a Pedro, que le pregunta cuántas veces debe perdonar que no sólo siete veces, sino setenta veces siete. Esta respuesta de Cristo es, desde luego, altamente simbólica, ya que la cifra siete es en el mundo semita el símbolo de la plenitud: lo cual significa que es necesario perdonar todo, siempre y a todos. Y esta respuesta de Jesús nos indica, igualmente, que esa no debía ser la doctrina que se practicaba oficialmente en la época. Siempre en este terreno, el pensamiento de Cristo aporta, pues, un cambio total en las ideas propias de su tiempo.

Y, para que se comprenda mejor, Jesús ilustrará más tarde su propósito con una parábola esclarecedora: la del “deudor despiadado” (Mt 18,23, 35), que termina con las palabras del rey a su intendente deshonesto e inhumano: *¡Servidor malvado! Yo te perdoné toda la deuda (imposible de saldar) porque me suplicaste. ¿No debías haber tenido piedad de tu compañero, cuya deuda era mínima, como yo mismo tuve piedad de ti?* En su cólera, su amo lo entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que debía. Y Jesús concluye: *Mi Padre del cielo los tratará así, si no perdonan a su hermano de todo corazón.*

Esta parábola parece confirmar lo que decíamos más arriba: que frente a Dios somos deudores insolventes, es decir, que a causa de la multitud de nuestras faltas no podemos reembolsar nuestra deuda: es Jesús quien “carga” con ella.

Y parece indicarnos igualmente que las ofensas que nosotros tenemos que perdonar a nuestros hermanos no tienen comparación alguna en relación con la deuda que tenemos para con Dios.

En el texto de la parábola encontramos también esta expresión del rey: *No debías haber tenido piedad de tu compañero, como yo mismo tuve piedad contigo?* Veremos más adelante el problema que plantea esta palabra **como** cuando decimos en el *Pater: Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.* En una palabra, ¿nos es posible perdonar verdaderamente **como** Dios nos perdona? Y sin embargo -lo dice nuevamente Mateo (5, 2-3)-, no puede alguien presentar su ofrenda ante el altar sin estar reconciliado previamente con su hermano.

Observemos también las últimas palabras de la parábola: perdonar “de todo corazón”, o bien “desde lo hondo del corazón”. Perdonar a medias no es perdonar; entonces ¿cómo podemos pensar -y creer- que Dios nos perdona de todo corazón, como lo hizo el padre del hijo pródigo a su regre-

so a la casa paterna?

En cuanto a Lucas, llamado con verdad “evangelista de la misericordia”, no juzgó necesario conservar la parábola del administrador deshonesto y, más curiosamente todavía, no menciona para nada la bienaventuranza de la misericordia. Sin embargo Lucas ha concentrado en algunas frases la enseñanza de Jesús sobre el perdón. Sin olvidar la admirable parábola llamada “del hijo pródigo”, que acabamos de mencionar. En ella, tampoco puede el hijo devolver a su padre la deuda que tiene para con él. Y recordemos que en esta parábola el padre es el mismo Dios Padre, y el hijo pródigo... ¡somos nosotros!

En Lucas 6, 36-38 aparece una serie de sentencias que deben hacernos muy modestos ante Dios y ante los hombres: *Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso. No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados. Perdonen y serán perdonados (...). Y la medida que usen para con los demás, servirá también para ustedes.*

En esta lectura no exhaustiva de los textos evangélicos sobre el perdón, se constata que, para Jesús, el tema del perdón no se reduce a una simple invitación a vivir la pureza de corazón, sino que es verdaderamente una exigencia inflexible, aunque según veremos más adelante, no va más allá de sí. No hay oscuridad ni ambigüedad en esta petición del Padrenuestro. Con el Evangelio llega el fin del rencor, del resentimiento, de la venganza y del odio, aún cuando a veces se necesita tiempo, mucho tiempo, para reencontrar la paz en uno mismo, después de haber recibido tal o cual herida que puede dejar una huella indeleble...

3. Perdonar ¿es olvidar? O los aspectos psicológicos del perdón

A menudo se escucha esta expresión después de un conflicto: “Está olvidado, no hablemos más de ello” Si se trata de un arañazo benigno, se puede olvidar; aunque hay heridas que pueden quedar escondidas en nuestro subconsciente. Si nuestra memoria guardara el recuerdo de todos los golpes recibidos, la vida sería imposible. Pero hay ofensas que es humanamente imposible olvidar. Pensemos en cierto arreglo de cuentas, en los crímenes -con los niños en particular-, en los adulterios, en los holocaustos, en los campos de concentración, etc. Por otra parte, la experiencia, confirma-

da por las ciencias humanas, nos dice que no sólo es imposible olvidar, sino que no se debe olvidar. Y el evangelio mismo no nos dice en ninguna parte que perdonar sea olvidar.

En un artículo titulado *Porque todo es gracia*, el pensador protestante Jacques Ellul analiza claramente el peligro del olvido: «La psicología de las “profundidades”, y más aún el psicoanálisis, nos recuerdan que las heridas olvidadas dejan cicatrices físicas, psíquicas, espirituales, de comportamiento. El olvido borra el resentimiento consciente, la cólera y la voluntad de venganza, pero lo que pasó no fue abolido. Puedo haber cambiado ante esta ofensa que el olvido hizo desaparecer del campo de mi conciencia y de mi voluntad, pero no de lo más hondo de mi persona (...). El perdón jamás es fácil, el perdón no es barato, y uno se encierra en su propia debilidad: “Yo no puedo”».

Por otra parte, decir “yo te perdono” a alguien que nos hirió gravemente puede ser muy ambiguo: uno rechaza la herida porque en realidad uno es incapaz de perdonar; y este encasillamiento de los sentimientos corre el riesgo de causar un día grandes daños psicológicos. O bien ese “yo te perdono” humilla, de alguna manera, al ofensor, que ve en nosotros una especie de superioridad, de desprecio o de irresponsabilidad.

“La condición del perdón -dice Ricoeur- es la verdadera memoria liberada de la obsesión”.

Y el escritor español Jorge Semprun, que estuvo internado en el campo de Buchenwald, decía: “Olvidar...¡no! Es necesario acordarse de todo para poder perdonar. Es necesario que la memoria sea muy fuerte, muy precisa, si se quiere perdonar verdaderamente” (citado en *La Vie* del 6 de abril de 1995, p. 63).

Y el filósofo Alain Finkielkraut, en un diálogo con Paul Ricoeur, estima que se ejerce constantemente una competencia desleal entre el perdón y el olvido. Para perdonar una ofensa es necesario conservarla en la memoria. Pero el olvido puede hacerse pasar por perdón”.

De hecho, solamente Dios puede decir, según Jeremías (31, 34): *Yo perdonaré sus culpas y no me acordaré más de sus pecados.*

4. ¿“Cómo” perdonamos? O el perdón de Dios condicionado

¿Es preciso hacer decir a Dios: “Yo te perdono si tú también perdonas”, como dice la fórmula del Padrenuestro? ¿Podemos perdonar verdaderamente como perdona Dios, que “arroja nuestras faltas al fondo del mar”, es decir en el olvido más profundo, cuando nosotros, según vimos, no podemos y no debemos olvidar?

¿Cómo perdonarnos a nosotros mismos nuestros límites, nuestros errores “imperdonables”, nuestras tendencias o nuestras costumbres incorregibles, nuestro pecado?

¿Cómo perdonar todo a los demás: sus agravios voluntarios y crueles; las heridas recibidas en nuestra infancia, que arrastramos a lo largo de nuestra historia, así como las heridas de la vida que nos hacen correr el riesgo de que nuestros corazones de carne se vuelvan corazones de piedra?

¿Cómo perdonar también a Dios mismo “como Él nos perdona”? ¿Cómo perdonarle a veces las injusticias, las desigualdades, los fracasos de la vida; cómo perdonarle el mal, el sufrimiento, su ausencia cuando tenemos necesidad de él? Nos vuelve a la memoria el interrogante de los salmos, repetido sin cesar en el curso de los siglos: “¿Dónde está tu Dios?”

Estamos aquí en el corazón de muchos dramas humanos. Y los biblistas parecen bastante confundidos para comentar este **como** nosotros perdonamos, tanto que sus explicaciones son a veces muy confusas o demasiado sutiles.

5. De los perdones “imposibles”

¡Cuántas veces habremos escuchado esta expresión!: “No, yo no perdonaré jamás”. Se cita también el caso de aquel judío polaco encargado de hacer entrar a los judíos en las cámaras de gas, que, después de la guerra, permaneció mudo durante treinta años. ¿Se trataba en este caso de un traumatismo psicológico incurable, o de una imposibilidad de perdonarse?

Entonces... ¿es posible perdonar verdaderamente como Dios perdona? Nuestra experiencia, lamentablemente, nos dice que perdonar está con frecuencia por encima de nuestras fuerzas humanas. Nosotros... ¡no somos Dios! Y sabemos que es necesario esperar a veces años, y hasta los

últimos instantes de nuestra vida, para perdonar las heridas más profundas, que no han cicatrizado. Experimentamos además que negarse a perdonar es un tormento lacerante.

Se podría comparar esta petición del *Pater* con esta otra palabra de Jesús: *Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto*. También eso, lamentablemente, nos es imposible. Pero estos propósitos deben hacernos comprender que siempre debemos tender hacia la santidad de Dios, lo mismo que nuestro corazón debe siempre, a pesar de las dificultades que conocemos, estar dispuesto a perdonar como Dios nos perdona.

Un capellán de prisión cuenta: “Cuando hablo con criminales jóvenes antes de un proceso, me dicen frecuentemente: “No podría perdonarme jamás”. Y un domingo, en la prisión, ese mismo capellán predicaba sobre el perdón, cuando una detenida se levantó y le preguntó crudamente: “¿Cómo quiere que perdone a mi padre, que me ha violado durante diez años?”.

Y sabemos que el gran filósofo judío Vladimir Jankélevicht -que había hecho el elogio del perdón, tratando de delimitar una zona de lo imperdonable-, al enterarse del horror de los campos de exterminio alemanes lo desechó de inmediato, y dejó de leer autores alemanes, así como también de escuchar música alemana.

En el curso de una emisión televisiva, en noviembre de 1995, el anciano escritor deportado del campo de Buchenwald, Élie Wiesel, que era particularmente religioso, decía: “Matar a un niño es el mal absoluto. Ningún perdón debería concederse a aquellos que son responsables de esos crímenes”.

Se sabe también lo que relataba Rigoberta Mentchu, joven mujer de Guatemala que obtuvo el premio Nobel de la Paz. Se había obligado a su madre, mezclada entre la multitud, a asistir a la tortura y muerte de su hijo, que pertenecía a las milicias opositoras al poder instalado. Y esta mujer, por haber visto semejante cosa, no podía perdonar. No se puede pedir a todas las madres que sean como la madre de los siete hermanos mártires del segundo libro de los Macabeos...

En el artículo citado más arriba, Jacques Ellul nos indica un camino real para facilitar el perdón: “Comprenderlo todo para perdonarlo todo”. Y explica: cuando alguien hace el mal a los demás, si intentamos comprender por qué, en cuáles circunstancias, cuál fue su pasado, cuál es su situación psicológica y social, cuál fue su andar por la vida, entonces tendremos

una explicación razonable, comprensible, de su actuar. Esto ayuda a perdonar”. Pero un poco más adelante, en ese mismo artículo, el autor considera, de modo discutible quizás, que, a falta de perdón, es necesario dejar que venga el olvido. “Cuando no se puede perdonar -dice- es necesario romper con el ofensor, con quien nos hizo el mal, y dejar pasar el tiempo. Entonces se alejan los resentimientos, para entrar en un pasado que no nos turba más, que poco a poco se va borrando, y podemos así olvidar la ofensa, al mismo tiempo que a la persona que nos hizo el mal...”.

6. Perdones ejemplares

Sin embargo, algunos que han descendido a lo más profundo del abismo del sufrimiento no olvidan, pero perdonan. Quisiéramos presentar brevemente tres de estos casos particularmente conmovedores, para mostrar que nada es imposible para el Espíritu de Dios que habita en el corazón del hombre.

El primer caso es el de Maïti Girtanner, una joven perteneciente a la resistencia de la última guerra, que fue arrestada y torturada en Alemania por un médico, Léo. Estas torturas la enfermaron en una red de dolores, y su médula espinal fue grave y definitivamente alcanzada. Esto volvió imposible para ella la carrera de gran pianista que había iniciado. Durante quince años ella pensó en el suicidio. Pero al mismo tiempo, rezaba: durante más de cuarenta años rezó por su verdugo. Éste, ya anciano y angustiado por su pasado, viendo cercana su muerte, se presentó un día en la casa de su víctima. En el momento de partir, Léo abrazó a Maïti y le suplicó el perdón, que le fue concedido inmediatamente. Ella explicaba cómo había superado la idea del suicidio de esta manera: “Fue preciso que otra cosa interviniera en mi vida, para que pudiera, lenta y difícilmente, dejar atrás ese punto en el que me balanceaba entre la vida y la muerte. Esta cosa tiene su origen en Jesucristo”.

El segundo caso es el de Kim Phuc, joven mujer vietnamita cuya fotografía recorrió el mundo. Se la ve a la edad de nueve años, desnuda, el rostro aterrorizado, en medio de un grupo de niños y de soldados huyendo de un bombardeo americano con *napalm*, durante la guerra de Vietnam. Kim Phuc es alcanzada por el *napalm*, que le quema la piel. Conservará de

por vida secuelas particularmente dolorosas. Un día, en los Estados Unidos, durante una reunión de veteranos del Vietnam, se le pide que tome la palabra. Ella dice cómo le gustaría encontrar al oficial que había comandado el bombardeo. El oficial está allí y se acerca al encuentro de Kim Phuc. Con lágrimas uno y otro, se abrazan en señal de perdón. Esto sucedió veinticuatro años después del bombardeo. Durante este tiempo el oficial americano se había convertido en pastor y Kim Phuc había descubierto a Cristo y su Evangelio.

Está finalmente el caso, igualmente conocido, del gran pianista argentino Miguel Ángel Estrella, quien, sometido a tortura, gritaba el Padrenuestro. Pero no podía decir *Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*. Una vez liberado, reveló que conocía a algunos de sus verdugos, pero que renunciaba a perseguirlos porque -decía- para cumplir bien su profesión de pianista tenía necesidad de serenidad y de paz. Un día confesó: “Para mí, el perdón es algo natural...”.

Posiblemente no sea inútil destacar, al final de estos tres casos ejemplares de perdón, que las tres víctimas conocían a Cristo y su Evangelio.

Conclusión: Cristo, modelo de perdón

Para perdonar, nuestra referencia es Cristo. Él practicó lo que enseñó a lo largo de todo su ministerio de predicador itinerante, pero sobre todo en el momento de su pasión y de su muerte, y después de su resurrección. Pensamos en particular en el caso de Pedro. Jesús perdona, pero no olvida. Y si después de su resurrección Jesús pregunta a Pedro tres veces: *Pedro, ¿me amas?*, es para hacerle recordar y borrar las tres negaciones del apóstol. No olvidemos las misteriosas palabras de Jesús en la Cruz, antes de morir, pensando en todos los que lo habían conducido a la Cruz: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*.

Jesús no dice: “Padre, yo los perdono”, sino “Padre, perdónalos”. Quizás podamos decir también nosotros siempre una palabra así, con la gracia del Espíritu de Jesús, pidiéndole a Dios que haga en nuestro lugar lo que no podemos hacer nosotros por la profundidad de la herida, y porque el que nos ofendió o nos hirió no era quizás totalmente responsable de lo que decía o hacía, así como nosotros mismos no siempre sabemos por qué ra-

zón ofendemos. ¿Quién puede leer los secretos de su subconsciente?

«Han oído que se dijo: “ojo por ojo, diente por diente”». Jesús ha venido a poner fin a la escalada de venganza. El perdón no tiene límites: no se detiene en las siete veces. El Evangelio quiere, por la dignidad del hombre y para humanizar nuestro mundo, conducir la ley de Moisés, más allá de ella misma, hacia la perfección. Rehusar el perdón es negar la santidad, la libertad y la paz del corazón. *Bienaventurados los misericordiosos, porque obtendrán misericordia.*

*Abbaye Saint-Martin
F-86240 Ligugé
Francia*
